

ORACIÓN

Queremos, Señor Jesús, escucharte en tu Palabra.
Y escuchándola, sintonizar con tu corazón de Hijo confiado en el Padre del cielo, aprender a orar Contigo, a esperar con paciencia activa, a amar y a perdonar sin cansarnos.
Saber una y otra vez cuánto te importa cada hombre y cada mujer, cuánto te interesa nuestra propia paz y felicidad.
Enséñanos, Jesús, Señor y Hermano nuestro, a conocerte a través de tu evangelio. ASI SEA.

TEXTO

MARCOS 13,1-13

«¹³Y, al salir del Templo, le dice **uno de sus discípulos**: “**Maestro**, ¡mira qué piedras y qué construcciones!”.
²Y **Jesús** le dijo: “¿Ves estas grandes construcciones? No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea demolida”.
³Y, estando sentado en el monte de los Olivos frente al Templo, le preguntaban en privado **Pedro y Santiago y Juan y Andrés**: “⁴“Dinos: ¿cuándo serán esas cosas y cuál [será] la señal cuando vayan a cumplirse todas estas cosas?”.

⁵Pero **Jesús** comenzó a decirles: “Mirad no sea que alguien os *engañe*; ⁶**muchos** vendrán **en mi nombre** diciendo: ‘**Yo soy**’, y *engañarán* a **muchos**.
⁷Pero cuando oigáis [hablar de] guerras y rumores de guerras, no os asustéis: es necesario que eso ocurra, pero todavía no [será] el final.
⁸Porque se levantará una nación contra otra y un reino contra otro, y habrá terremotos en todas partes y habrá hambres; estas cosas son comienzo de los dolores de parto.

⁹Pero mirad a **vosotros mismos**; **os entregarán** a los sanedrines y seréis azotados en las sinagogas, y seréis llevados ante gobernadores y reyes por mi causa como testimonio para ellos.
¹⁰Y es necesario que primero sea anunciado el evangelio a todas las naciones.
¹¹Y cuando **os** detengan y *entreguen*, no penséis de antemano qué hablaréis, sino lo que **os** sea dado en esa hora, eso hablaréis; porque no sois **vosotros** los que habláis, sino el Espíritu Santo. ¹²Y el hermano *entregará* al hermano a la muerte, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra sus padres y los matarán.
¹³Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre. Pero el que persevere hasta el final, ese será salvado”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (13,1-4)

- El Templo ha proporcionado el contexto para la mayor parte de la narración de Marcos desde la entrada de Jesús en Jerusalén en 11,1-11; lo ha «observado» (11,11), «purificado» (11,15-19) y ha discutido continuamente en él (11,27-12,44). Ahora Jesús lo abandona, para no volver jamás, y pronuncia su sentencia de condenación (13,1-2), una profecía que suscita naturalmente en sus discípulos una pregunta sobre el momento de este acontecimiento (13,3-4). El pasaje se divide naturalmente en dos secciones: la amenaza contra el Templo (13,1-2) y la pregunta de los discípulos (13,3-4).

- 13,1-2: Jesús -tras poner en dificultades a los sumos sacerdotes, escribas y ancianos en sus discusiones en el Templo (11,27-12,37), después de haberlos denunciado (12,38-40) y haber ensalzado el valor trascendente de la contribución de una pobre viuda al tesoro del Templo (12,41-44)- abandona ahora el santuario para no volver nunca a él (13,1a). El evangelista desea que esta salida se entienda como *un acto de juicio contra el Templo*, comparable a las descripciones veterotestamentarias de la divinidad que abandona ese edificio. En Ez 10, por ejemplo, la gloria de Dios se retira del Primer Templo antes de que sea destruido. Sin embargo, la salida condenatoria del Templo por parte de Jesús contrasta con el deseo evidente de un discípulo de detenerse y admirar sus magníficos edificios. Ese discípulo expresa su reverencia ante el esplendor de las edificaciones, que ciertamente abrumaba a las gentes. La respuesta de Jesús parece compartir entusiasmo al principio («¿Ves estas grandes construcciones?»: 13,2a). Pero cambia inmediatamente y pronuncia una profecía glacial de su destrucción: «No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea demolida» (13,2b). La profecía de Jesús es probablemente histórica en lo esencial porque está atestiguada en varios estratos independientes de la tradición evangélica y de los Hechos (cf. Mc 14,58 par; Jn 2,19; Hch 6,14), que manifiestan también una cierta incomodidad con la idea de un Jesús que amenaza al Templo. Es improbable, por tanto, que la Iglesia haya fabricado esta profecía.

Pero ¿qué había hecho mal el Templo, para que Jesús tuviera que amenazarlo con la destrucción? En nuestro pasaje Jesús no formula ninguna acusación explícita contra él, pero otras perícopas marcanas ayudan a suplir este hueco. Anteriormente en el relato, la maldición de Jesús de la higuera (11,12-14), que posteriormente se marchita (11,20-21), parecía simbolizar la inminente destrucción del Templo por Dios, ya que enmarcaba significativamente la acción de Jesús de «purificar» el santuario (11,15-19). Los pecados nombrados en ese último pasaje eran una actividad comercial que profanaba el recinto sagrado (cf. 11,15-16) y una actitud militantemente etnicista que transformaba el Templo de una «casa de oración para todas las naciones» en «una guarida de bandidos». Pero la profecía de la destrucción del santuario en el contexto presente debía entenderse probablemente como *un juicio contra los dirigentes de Israel*, sobre todo la jerarquía del Templo, por su rechazo a Jesús, como ocurre en Lc 19,44 y comúnmente en los Padres de la Iglesia.

- 13,3-4: La salida simbólica de Jesús del Templo y la profecía de su destrucción va seguida de una *tercera acción amenazante*: toma asiento en el monte de los Olivos, frente a la colina del Templo, y se vuelve para mirar hacia el edificio condenado a la destrucción (13,3a). La postura sedente va asociada en los textos bíblicos tanto con la enseñanza como con el juicio, y en 12,36 en particular va unida con el juicio contra los enemigos de Jesús. La proximidad a las palabras amenazantes de 13,2 y el matiz posiblemente negativo de «en frente» (también «contra») confirman esta vinculación.

Cuando Jesús se ha sentado en su silla de juez, se acercan a él en privado Pedro y su hermano Andrés, con Santiago y su hermano Juan, los mismos cuatro personajes que Jesús había elegido para que estuvieran con él al principio de su ministerio (1,16-20). Cerca de su final, pues, el ministerio de Jesús recapitula su principio. Estos cuatro discípulos más íntimos plantean una pregunta con doble objetivo: «¿Cuándo ocurrirán estas cosas y cuál será la señal cuando vayan a cumplirse todas estas cosas?» (13,4bc). La instrucción en privado encaja bien con el tema, los secretos del tiempo final.

Entonces, ¿cuándo ocurrirán «estas cosas»? La pregunta de los discípulos es un eco de una cuestión frecuentemente planteada en la literatura apocalíptica. La respuesta ofrecida a menudo es: a) pronto, y b) cuando se vean los signos siguientes... Para Marcos, los signos que Jesús cataloga en la primera parte del capítulo (13,5-23) ya han ocurrido, y este cumplimiento proporciona la seguridad de que los signos restantes, los acontecimientos cósmicos detallados en 13,24-27, ocurrirán en poco tiempo. Hay así una progresión dentro «de las últimas cosas», y este es el objetivo del presente capítulo 13, especificar esta progresión. El siguiente pasaje describirá la primera fase, el principio de «los dolores de parto» de la nueva era.

SEGUNDA UNIDAD (13,5-8)

- Jesús comienza su respuesta a la pregunta de los discípulos sobre la cronología escatológica con una descripción de la primera parte de la lista. Después del verso introductorio 13,5a («Pero Jesús comenzó a decirles»), el pasaje está estructurado en un trío de dichos dobles (13,5b-6; 13,7 y 13,8). En cada caso, la segunda sentencia (13,6; 13,7b; 13,8d) ayuda a explicar la primera (13,5b; 13,7a; 13,8abc).
- 13,5-8: Marcos introduce el discurso escatológico, el más amplio pronunciado por Jesús en su evangelio, con una locución acostumbrada: «Pero Jesús comenzó a decirles» (13,5a). Esta fórmula introductoria en este caso puede implicar más: las palabras de Jesús no se dirigen solamente a los cuatro discípulos más íntimos, sino también a una generación siguiente de cristianos, incluidos los miembros de la comunidad marcana, que sobrevivirá a los horrores profetizados (cf. 13,14.37). Así el Jesús terrenal «comienza a» advertir a sus seguidores más tempranos acerca de los horrores escatológicos, que sus sucesores serán capaces de soportar gracias a la fortaleza y a la doctrina que seguirán llegando hasta ellos a través del Señor resucitado (cf. 13,11).

La primera frase de este discurso parece su *leitmotiv* o tema principal: «Mirad, no sea que alguien os engañe». Esta introducción, con la admonición de que se debe evitar a los que dicen «Yo soy» (13,6), repite la advertencia de Dt 13 contra los falsos profetas que *engañan* a la gente con signos y maravillas atrayéndola a servir a otro dios, vocabulario que reaparece más tarde en el capítulo (Mc 13,21-22). Así pues, la introducción al discurso puede ser en parte defensiva: no es Jesús el que lleva a la gente al extravío, sino algunos de los que vienen «en su nombre» (13,6). Estos mentirosos no actúan autónomamente; detrás de ellos está un poder más siniestro, «el Mentiroso», es decir, Satán (cf. 2Ts 2,11; 1Jn 4,6). Aquí, pues, vemos una *imagen típicamente apocalíptica* de actores humanos movidos por poderes sobrehumanos: el Diablo por una parte y Dios por la otra.

Pero ¿quiénes son exactamente los mentirosos? Jesús los describe como gente que dice «Yo soy». Hay dos posibilidades principales: los impostores son pseudo-mesías judíos o cristianos. La última parece preferible, pero en uno u otro caso ellos se unen a la numerosa cantidad de los profetas de signos, «mesías» y otros entusiastas religiosos de Palestina y sus alrededores en los años que llevaron a la guerra judía y durante esta misma. Para un apocalíptico como Marcos, la proliferación de tales mentirosos es un signo escatológico.

En la siguiente sección del pasaje se aduce *otro portento escatológico más devastador*: la guerra (13,7a.8a). Tan temible es este signo que no solo su presencia sino incluso el rumor induce el pánico en los que lo oyen. Los lectores de Marcos pensarían ante todo e indudablemente en la rebelión judía contra los romanos, que comenzó en 66 d.C. y alcanzó su terrible clímax con la destrucción del Templo en el 70. A pesar del terror ante tales acontecimientos, estos suponen para la comunidad marcana una exhortación a no desanimarse por ellos; estas cosas «tienen que ocurrir», «pero no es aún el final» (13,7b). Otros usos marcianos del *dei* (lit. «es necesario») aparecen posteriormente en este mismo capítulo, en profecías escatológicas (13,10.14), en una de las predicciones de la Pasión (8,31) y en la promesa de Pedro de lealtad eterna a Jesús hasta la muerte (14,31). Marcos, pues, ve el sufrimiento y la muerte de Jesús, así como la de los discípulos que lo siguen (cf. 8,34), como duros acontecimientos, pero en última instancia como *eventos redentores escatológicos desarrollados por la providencia de Dios* que dirige la historia rápidamente hacia un puerto ya predestinado. La misma dirección divina se supone en 13,8, «se levantará una nación contra otra y un reino contra otro», pues el verbo «levantarse» es probablemente un pasivo divino. Los mandatarios terrenales pueden aparecer como responsables, pero es en realidad Dios quien tiene la vida y la muerte de las naciones en su mano.

La guerra no será el único desastre violento que visitará la tierra en esta etapa preliminar de la era escatológica; seguirán también terremotos y hambres (13,8bc), tres tipos de desastres que van

asociados frecuentemente con el tiempo final en la literatura apocalíptica. Ahora bien, todo ello no es solamente un esquema tomado de una cronología apocalíptica, sino algo que Marcos y sus lectores comprenderían que *encaja* con su propio pasado reciente, especialmente los acontecimientos que rodearon la guerra judía.

Aunque tales acontecimientos no sean aún el fin (13,7b), son, para Marcos, signos de que el final se acerca, como deja en claro la conclusión de 13, 8 cuando señala estos acontecimientos como el principio de los dolores de parto escatológicos. Es esta una imagen familiar judía para el breve intervalo de tribulación que precede inmediatamente al *eschaton*, al tiempo final: cuando una mujer se pone de parto, se puede estar seguro de que en poco tiempo nacerá un niño. Ciertamente, el contorno entero de nuestro pasaje es sorprendentemente similar a otros textos judíos apocalípticos. Los paralelos con Marcos son los siguientes: terremotos y luchas tanto civiles como entre naciones, Dios que pide cuentas al mundo por Él creado (cf. 13,19), y la noción de que una cierta parte de los signos escatológicos ha ocurrido ya («el principio de los dolores de parto») y que el resto seguirá dentro de poco.

En el pasaje siguiente, Jesús especificará el poderoso impacto personal y comunitario que tendrá este «principio de los dolores de parto» sobre los miembros de la comunidad marcana.

TERCERA UNIDAD (13,9-13)

- Tras bosquejar brevemente los «dolores de parto» preliminares de la nueva edad, los desastres que ocurrirán en la escena internacional, Jesús apunta directamente a los problemas que afligirán a la comunidad marcana en particular. El pasaje presenta un esquema alternante de profecía y estímulo:

13,9a: Exhortación a estar atentos

13,9b-10: Profecía sobre comparecer ante los mandatarios; testimonio universal

13,11: Exhortación a no planear antes la defensa en tales situaciones de testimonio

13,12-13a: Profecía sobre la traición y odio universal hacia los cristianos

13,13b: Exhortación a aguantar hasta el final.

Estructuralmente, por tanto, la perícopa se divide en dos partes principales: 13,9-11 y 13,12-13.

- 13,9-11: Mientras el pasaje anterior profetiza los desastres que afligirán el mundo entero, el presente describe las tribulaciones que atormentarán expresamente a los cristianos de la comunidad de Marcos; estos últimos por tanto, harán bien en mirar a sí mismos. Así pues, como con la frase «entiéndalo el lector» en 13,14, la obertura de nuestro pasaje está diseñada para dirigir la atención hacia los acontecimientos contemporáneos de importancia especial para la comunidad marcana, en este caso persecuciones por parte de los consejos, funcionarios sinagogales, mandatarios y reyes. La relación entre 13,5-8 y 13,9-13 insinúa que estas persecuciones procederán directamente de las agitaciones internacionales dibujadas en el pasaje anterior, y a su vez sugiere que hay quizás una referencia a los juicios contra los cristianos relacionados con la rebelión judía contra Roma («sanedrines» en 13,9).

La profecía de Jesús sobre las persecuciones comienza con el verbo «entregar», 13,9b. Esta palabra es significativa por dos motivos. El primero es su trasfondo de Is 52-53 versión griega-LXX, donde el siervo sufriente del Señor es «entregado» a una muerte ignominiosa, pero termina siendo exaltado y glorificado (Is 52,13; 53,12); el verbo insinúa ya así la salvación que Jesús profetiza al final de nuestro pasaje («Pero quien persevere hasta el final, ese será salvado», 13,13b). El segundo aspecto importante del verbo radica en su empleo en otros lugares del evangelio, donde se aplica a la detención de Juan Bautista (1,14), pero más a menudo a la propia traición a Jesús y a su muerte (3,19; 9,31; 10,33; 14,10-11.18.21.41-42.44; 15,1.10.15). El vocablo mismo, pues, implica lo que Jesús dice explícitamente al final del versículo: la entrega de los discípulos en manos de sus enemigos será «por mí». Esta es solo la primera de una serie de correspondencias entre lo que Jesús pronostica aquí y lo que él mismo sufrirá pronto. Como sus seguidores, será traicionado por un «hermano» (14,10.11.43-45), detenido (14,46),

entregado a un sanedrín (14,53-55), golpeado (14,65; 15,15-19), presentado ante un gobernante para ser juzgado (15,1-15), expuesto al desprecio de las masas (15,16-36) y asesinado (15,37). Al final, sin embargo, él, como ellos, será «salvado» (16,1-8).

Pero Dios puede hacer de la ira de los seres humanos un instrumento para su alabanza; aunque los enemigos de los cristianos deseen que sus acciones persecutorias sirvan para erradicar ese movimiento, Dios las usará como sistema para extender el evangelio hasta los confines de la tierra (13,9c-10), como pasa también en el caso de Jesús, cuya muerte producirá la conversión del centurión gentil (15,39). Los relatos antiguos de martirio muestran cómo los cristianos convirtieron sus juicios en ocasión para dar testimonio del mensaje cristiano, tanto por lo que dijeron como por lo que sufrieron.

El versículo 13,10 sitúa en un contexto escatológico la predicación de los cristianos «a todas las naciones»: es uno de los acontecimientos claves que deben pasar antes de que pueda llegar el final. Como miembro de la misión paulina, Marcos pensaba probablemente que este requisito previo escatológico de la evangelización mundial estaba casi cumplido (cf. Rom 15,23-24; Col 1,23), por lo que el final era inminente. Pero la proclamación del evangelio no es realmente una actividad humana, sino *tarea del Espíritu*. Los discípulos de Jesús, por tanto, no deben planear de antemano lo que deben decir, sino hablar lo que la divinidad les dé «en aquella hora» como testimonio ante las autoridades (13,11). Aquí, como a menudo en el Nuevo Testamento, la «hora» es un término técnico para el tiempo de escatológico de prueba (cf. Mc 14,41; Jn 16,21; Rom 13,11; 1Jn 2,18; Ap 3,10). Como a menudo en Marcos, van de la mano la angustia del tiempo final y el fortalecimiento divino en esos momentos.

- 13,12-13: Los cristianos de la comunidad marcana no solo experimentarán la persecución por parte de gente de fuera (reyes, mandatarios, autoridades sinagogales, Sanedrín), sino que serán traicionados también por miembros de su propia familia. Esta traición aparece descrita en 13,12 con imágenes obtenidas en gran parte del Antiguo Testamento. Las profecías escatológicas de Is 19,2 y Ez 38,21, por ejemplo, pintan a hermanos que se matan entre sí (o sea, una guerra civil). La alienación respecto a la familia como consecuencia de la conversión era un rasgo que el cristianismo primitivo compartía con el judaísmo de la época. En una obra titulada *José y Asenet*, por ejemplo, una mujer convertida al judaísmo se queja emotivamente en términos muy similares a los que encontramos en Mc 13,12-13 sobre la hostilidad que ha experimentado por parte de su familia:

“Todo el pueblo ha llegado a odiarme, y al frente de ellos mi padre y mi madre, porque yo también he odiado a sus dioses... Por tanto mi padre y mi madre y mi familia entera han llegado a odiarme y han dicho: «Asenet no es nuestra hija, porque ha destruido nuestros dioses». Y todo el pueblo me odia... Y ahora, en mi humillación, todos han llegado a odiarme y a regocijarse en mi aflicción”.

Un trasfondo particularmente importante para la interpretación de nuestro pasaje acerca de la enajenación familiar se encuentra en Miq 7,1-7. En este pasaje el odio en la familia, como hermanos que entregan a otros hermanos a la muerte, o hijos que se rebelan contra los padres, es parte de la desintegración que caracteriza el tiempo final. Pero Miqueas exhorta también a sus lectores a resistir con paciencia durante este período de desintegración y a esperar al Señor, ya que de Él, al final, surgirá la salvación (cf. el pasivo divino «será salvado» en Marcos 13,13b).

La desintegración escatológica de la familia está descrita en Mc 13,12 como un *crescendo* del horror. El hermano que traiciona al hermano es una situación desagradable, pero no inesperada en un contexto bíblico (cf. Gn 4 y 37); el padre que traiciona al hijo es menos natural; lo peor de todo en una sociedad patriarcal es la perspectiva de los hijos que se alzan contra sus padres y los matan. Este tipo de rebelión no solo viola el quinto mandamiento, sino que invierte también Dt 21,18-21, donde un hijo que se amotina debe ser ejecutado por haber tenido tal idea. Pero el pasaje puede insinuar incluso una traición más inquietante aún, ya que «hermano» es un término común del cristianismo primitivo para designar a los compañeros cristianos, y sabemos que los apóstatas cristianos denunciaron realmente a sus «hermanos y hermanas» a las autoridades, lo que a veces conducía a estos a la persecución y la muerte.

Teniendo en cuenta la abrasadora naturaleza de estas traiciones, la conclusión en 13,13a parece psicológicamente justificada aunque pudiera ser exagerada desde el punto de vista objetivo: «Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre». Esta exageración, sin embargo, no carece de precedentes: el historiador romano Tácito, por ejemplo, escribe que los cristianos fueron culpados de causar el gran incendio en Roma en 64 d.C. *odio humani generis*, es decir, debido al «odio de la raza humana». En el contexto, esta frase significa probablemente «porque se creía que los cristianos odiaban a los extraños», pero Tácito da también la impresión de que los cristianos eran despreciados por la población. Estas dos reacciones estarían naturalmente relacionadas, ya que el pueblo percibía que los misántropos -y se creía comúnmente que judíos y cristianos lo eran- son a su vez odiados generalmente (cf. Jn 7,7; 15,18-25; 17,14; 1Jn 2,15; 3,13).

A pesar de esta triste imagen de enajenación social, Jesús concluye la sección con una promesa: «pero quien perseverare hasta el final, ese será salvado» (13,13b). En el pasaje siguiente, Jesús aclara con precisión cuán terrible será el sufrimiento de la comunidad marcana y el del mundo entero, justo en los días antes del final, cuando se produzca un tiempo de tribulación como nunca hubo desde la creación (13,19). Sin embargo, las palabras pronunciadas en la conclusión sirven también como titular implícito de ese cuadro de angustia sin precedentes: «Pero quien perseverare hasta el final, ese será salvado».

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiones, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza